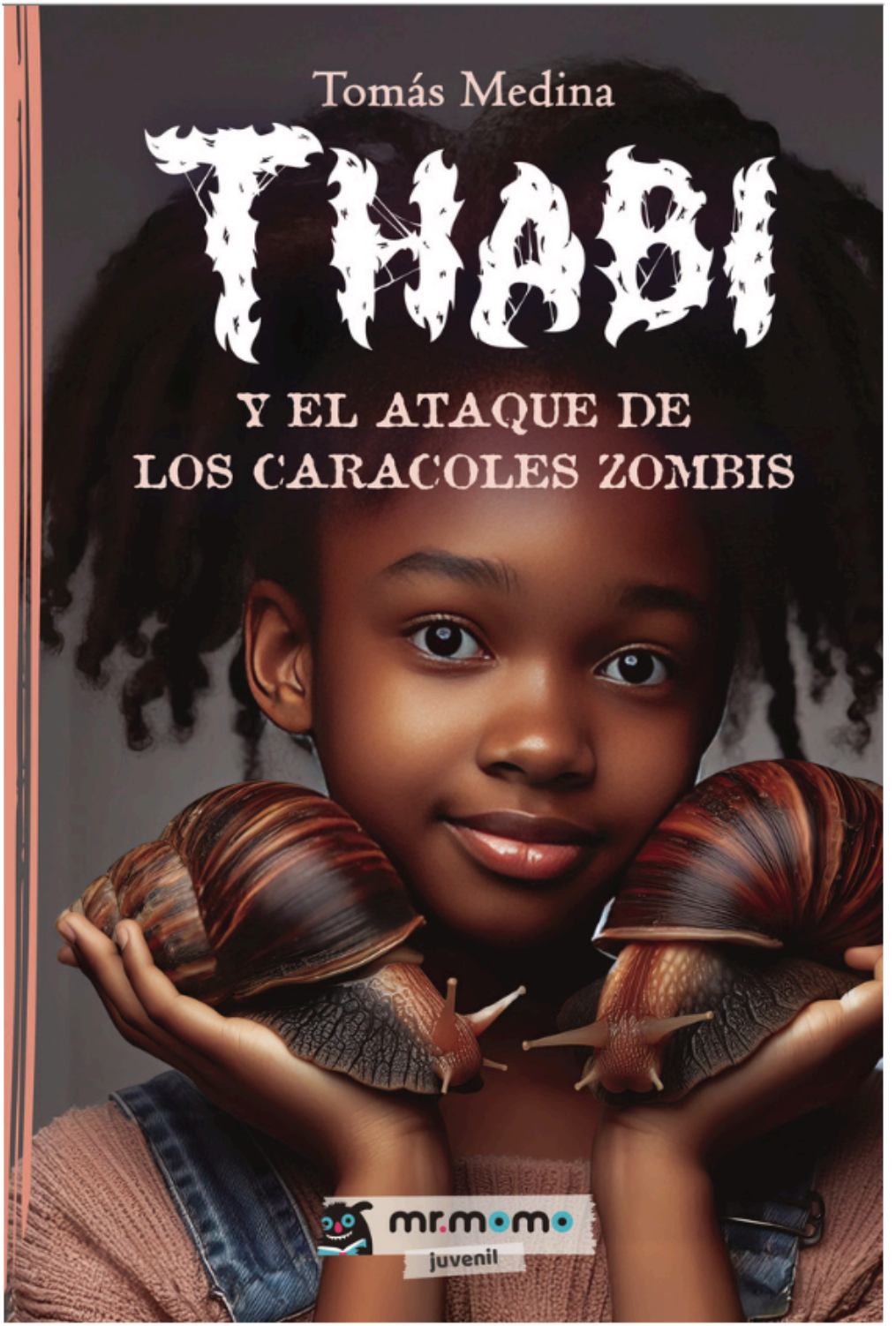

Tomás Medina
THABI
Y EL ATAQUE DE
LOS CARACOLES ZOMBIS
mr.momo
juvenil

Thabi y el ataque de los caracoles zombis

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387646271
ISBN e-book: 9791387646523

© del texto:
Tomás Medina

© de las ilustraciones:
Realizadas con programas de IA
(Microsoft Designer y Canva)

© de esta edición:
2025, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)



Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para todas aquellas personas, bomberos y bomberas, personal de ambulancias, personal sanitario, agentes de la ley y orden y en fin para todas aquellas personas que permiten, sin que nos percatemos, que nuestra vida siga adelante, a veces incluso, arriesgando la suya propia.

Para mis personas favoritas que me guían, apoyan y acompañan en este viaje literario y en el mío personal.

CAPÍTULO 1

La tranquilidad de la casa explotó por los aires

—¡Qué ascazo me da! No me enseñes esa foto —gritó Vega con todo el vozarrón que una niña de siete años podía tener.

Pero su hermano Adrián no se quiso dar por aludido y le volvió a enseñar la pantalla de su teléfono móvil. La imagen era realmente impactante. No por el niño que aparecía en el huerto escolar de un colegio, sino por lo que sostenía en sus manos.



—Mamá, mamá —gritó la pequeña—. Dile a Adrián que pare ya.

—Adrián, deja a tu hermana en paz —se oyó desde la cocina una voz femenina.

La puerta del piso se abrió. Y el padre de ambos entró al salón tras cambiarse las zapatillas en la entrada.

—Papi. Ya has vuelto —comentó su hija a la vez que le daba un gran abrazo a su padre David. Él la asió, suavemente, por debajo de los brazos y la levantó en volandas mientras la cría reía.

—¿Qué habéis estado haciendo, pitufa? —le preguntó tocándole cariñosamente la punta de la nariz llena de pecas.

—Adrián me estaba enseñando una foto, pero me da asco. Es repugnante.

—Ven aquí, grandullón —dijo el padre mientras se sentaba en el sofá al lado de donde estaba su hijo—. ¿Qué le has enseñado a tu hermana? Tú ya tienes doce años y sabes que ella es más pequeña que tú.

—No es nada, papá. Es una foto, pero, mira, también hay un vídeo. Lo han colgado en el grupo de WhatsApp del colegio.

El chico le enseñó el vídeo a su padre.

—¿Qué estáis viendo? —preguntó la madre al salir de la cocina mientras se limpiaba las manos con un trapo—. La comida ya está lista. Recuerda que mañana te toca a ti —le dijo a su pareja.

—El padre de Lucas, el de mi clase, dice que son caracoles zombis —contestó el niño.

—Sabía de la existencia de hormigas zombis, pero caracoles… no tenía ni idea. No sé si será zombi o no, pero desde luego tiene un tamaño desmesurado. Sin duda, es el rey de los caracoles —reconoció el padre.

La madre volvió a desaparecer. Sabía que su pareja era un poco friki del mundo de los animales debido a su trabajo. Así que volvió a la cocina para emplatar la comida.

—Pero es que los cuernos se les ponen gordos y se mueven de forma extraña —protestó la pequeña de la casa.

—Pitufilla, no son ellos, los controlan unos parásitos. Mira —dijo el padre sacando su móvil—, si en Google busco las palabras «caracoles zombis», me sale el mismo vídeo que te enseñaba David. Esto es imposible que pase en Trapagaran. Seguramente sea de algún lugar lejano.

David buscaba el vídeo de su hijo, pero no lo encontraba por ningún lado.

—Adrián, ¿de dónde dices que has sacado ese vídeo? No lo encuentro —preguntó mientras seguía buscándolo.

—No me escuchas nunca. Ya te he dicho que es del WhatsApp del colegio. Lo han grabado los de clase de 6.º B. Hoy les tocaba ir al huerto escolar y se lo han encontrado sobre unas lechugas que habíamos plantado —informó el mayor de los hijos.

—El que no esté sentado ahora mismo en la mesa no come y, como vea un móvil más, lo tiro por la

ventana. Lavaos las manos antes de venir —dijo la madre asomándose de nuevo desde la cocina.

No tuvo que decirlo dos veces. Era una mujer que cumplía sus amenazas, los tres lo sabían de sobra. Vega dio un salto y se fue corriendo a lavarse las manos para comer. Padre e hijo se levantaron del sofá.

—Mándamelo luego, que lo quiero enseñar en el trabajo; y ahora vamos a comer antes de que tu madre se enfade de verdad —dijo apresurando a su hijo.



CAPÍTULO 2

El otoño estaba siendo exageradamente caluroso para todos. A pesar de que el sol se escondía antes tras las montañas, el día era cálido como si del verano se tratase. Sin embargo, las noches eran frías, cual crudo invierno. Y casi a diario, puntual, soplaba el famoso viento de medianoche.

Pese a no ser el momento ni la época, las últimas plantas de pepino que Emilio había plantado estaban en flor. Cientos de ellas adornaban de amarillo las plantas de su huerta.

Todos los días movía delicadamente sus hojas buscando algún fruto, por pequeño que fuera, pero las hojas crecían, las flores se marchitaban y allí no aparecía fruto alguno.

A pesar de sus años y sus dolencias típicas de la edad, Emilio aún sacaba cada día un poco de tiempo para cuidar de su huerta. Tal vez los movimientos fueran más lentos, menos precisos y los dedos más gordos y torpes, pero nunca faltaba a la cita. A

veces, encendía una vieja radio para que le hiciera compañía. Dolores, su mujer, lo prefería en la huerta que en bares y, si encima llevaba a casa algún espárrago, pimiento, tomate o lechuga, pues más que mejor. La pensión no llegaba y los meses se hacían cada vez más largos.

Emilio cuidaba de sus plantas, a veces les hablaba y las conocía a cada una de ellas.

—Largo de aquí, amiguito —dijo a un caracol a la vez que lo cogía y lo lanzaba a las hierbas de un campo colindante—. Con el calor que hace, estar sobre las plantas, no es para nada una buena idea.

Revisó la planta en busca de algún caracol más y allí, colgado, lo vio. Era el primer y único pepino que había aparecido. Tenía un tamaño considerable. Lo sostuvo en la mano sin arrancarlo aún de la planta. Al hacerlo, su palma quedó impregnada de la baba del caracol que había pasado por ahí. «Dichoso caracol», pensó para sus adentros Emilio. Se limpió las manos en el pantalón que llevaba. La baba era más pegajosa de lo normal, tanto que dudó de si sería culpa del caracol que había visto o de alguna babosa o limaco que anduviese por allí. Las babosas tienen la baba más densa y son el terror de las huertas. Tras dedicar unos diez minutos en revisar las plantas, no encontró ningún limaco, cosa que le alivió enormemente. Son una plaga que cuesta quitar. Finalmente, con las flores marchitas ya, en los tres metros cuadrados de plantas de pepino que tenía Emilio, su producción había sido de un único fruto.

—Emilio, ¿qué haces ahí agachado? —preguntó José Antonio al verlo allí en esa postura—. ¿Te ha entrado un apretón? Tengo pañuelos de papel. ¿Necesitas? —Conocer casi desde la infancia a uno de tus amigos permite gastar ese tipo de bromas sin que se enfade contigo.

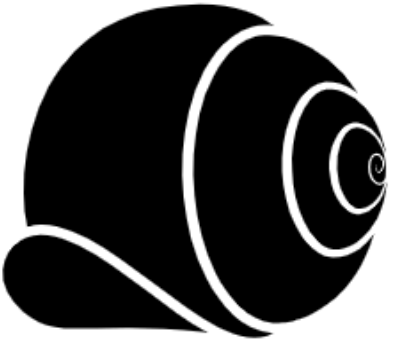
—Calla, Josean, que estoy abonando —contestó haciendo un gesto como de estar defecando. Ambos estallaron a carcajadas. Luego, de forma más sosegada, ambos se sentaron en unas sillas destartaladas que había en la huerta.

Hablaron de todo. Del Gobierno, del Athletic, de los achaques de la mujer de José Antonio y de cómo, en un par de días, él cumpliría setenta y dos años.

—¿Qué me vas a regalar? Eres mi amigo desde… desde siempre —le picó a Emilio.

Este se levantó, poco a poco, apoyando las manos en los muslos para volver a agacharse a recoger algo. Luego, triunfal y con el fruto de la planta en la mano le dijo:

—Un pepino.



CAPÍTULO 3

Escuchó la música ya puesta a esas horas y dedujo que ya estaba de pie.

—Acuérdate de echar grano a las gallinas antes de desayunar —gritó Rosa a su hijo, que escuchaba música a pesar de ser solo las siete de la mañana—. Si hay algún huevo, tráelo, por favor. Hoy bajaré a Trapagaran a hacer el reparto. Y dile al abuelo que se levante ya.

Vivir en las afueras del pueblo es lo bueno que tiene: pocos vecinos, aire puro y puedes tener animales y sacar un dinerillo extra vendiendo huevos de gallinas camperas en las panaderías del municipio. Lo malo era que necesitaba coger el autobús para ir al instituto donde estudiaba.

Guille sabía que el autobús pasaría puntual como siempre y le tenía que dar tiempo a hacer su labor encomendada. Desde que una compañera le dijese que olía a cuadra, Guille cuidaba muy bien su higiene personal. Para ir al gallinero, se ponía

unos pantalones vaqueros viejos que tenía y unas zapatillas desgastadas. Al volver, ducha rápida, desodorante y un poquito de colonia. Sin exagerar tampoco. Luego, desayuno, dientes y al bus. Así de lunes a viernes. El fin de semana era la madre quien se encargaba y a cambio él podía dormir algo más de tiempo. Desde que falleciera su padre, tenía muy claro que en casa debía ayudar todo lo que pudiese, ya que su madre se ocupaba prácticamente de todo lo demás.

Así que recién desayunado se acercó al vallado. Dentro estaba el gallinero compuesto por una choza donde las gallinas se resguardaban por la noche para no pasar frío y estar protegidas. Todas las noches, día sí y día también, Guille tenía que cerrarles la puerta del gallinero. Se habían oído historias de alguna vez cuando algún lobo o zorro solitario hacía visitas a los gallineros. Pero el chico no recordaba que aquello jamás hubiese sucedido, no por lo menos desde que él tenía memoria.

Desde fuera ya se oía cacarear a alguna de ellas. Al chico le sorprendían, pareciese que tuviesen una alarma instalada. Eran capaces de anticipar el momento en el que el chico les abriría la puerta. Para entonces, los huevos ya estarían puestos entre la paja de sus ponederos. Al abrir la puertecilla poco a poco, y una detrás de la otra, comenzaron a salir sus gallinas. En total serían unas veinte. Con un poco de suerte, ese día recogería una docena de huevos. Las gallinas, con su plumaje rojizo, empe-

zaron a picar y a escarbar todo lo que cogían. Dentro del vallado tenían sitio de sobra para hacerlo.



Guille cogió una olla de metal que tendría más años que Matusalén y en ella comenzó a vaciar un paquete de maíz. Con el sonido de los primeros granos, todas las gallinas hicieron un corro alrededor de la olla para comenzar a ingerir los granos. Todas menos una. Miraba al suelo entretenida con algún insecto.

El chico cogió la cesta de mimbre donde metía con cuidado los huevos recién puestos. Muchos de ellos, aún calientes, tenían adherida a la superficie alguna pluma que limpiaba cuidadosamente. Los contó y se percató de que habían llegado a la do-

cena. A veces podía haber un día que la gallina no pusiese huevos y otros que, por ser jóvenes, pusiesen de forma más irregular. Su madre se alegraría al verlos. En ese momento se percató de que no se podía entretener mucho más o perdería el bus.

Se disponía a salir con los huevos cuando se fijó en que la gallina solitaria había ingerido algo que no podía tragar bien. «Vete a comer con las demás», le gritó a la vez que la espantaba abriendo los brazos lo más posible. La gallina, con el susto, expulsó lo que parecía un caracol y salió corriendo hacia el grupo de sus compañeras para ponerse rápidamente a picotear granos antes de que no quedasen para ella.

El chico se acercó a la puerta de nuevo cuando oyó un ruido proveniente de su zapato. Era un ruido característico y en cuanto lo oyó supo perfectamente lo que acababa de ocurrir. Acababa de aplastar el caracol con el pie. No se trataba para nada de un animal que le gustase a Guille. Levantó el pie para mirar la suela del zapato de la misma forma que cuando pisas la deposición de algún perrito. Desde el suelo hasta lo alto de la zapatilla una gruesa baba brillaba al sol. «No sé si he pisado un caracol o me acabo de cargar al bicho de Alien», pensó divertidamente el chico antes de limpiarse las suelas en la hierba y salir del cercado. Aligeró el paso, aún le faltaba desayunar y ducharse para coger el autobús del insti. Nunca esperaba a nadie y con él no haría excepción alguna.